

El pensamiento de la integración latinoamericana ante la globalización

Por Pablo GUADARRAMA GONZÁLEZ*

1. El dilema de la cuestión nacional

LA MAYORÍA DE LOS INVESTIGADORES, independientemente de sus posturas filosóficas e ideológicas, coinciden en que “el Estado nacional fue la condición necesaria, el espacio histórico ineludible para el desarrollo del capitalismo”.¹ Esto no significa que los embriones del Estado nacional sólo hayan aparecido con el advenimiento de la sociedad capitalista pues, en verdad, hubo naciones centralizadas en lo político y lo económico anteriores al proceso de consolidación del capitalismo como sociedad predominante en esta última etapa de la historia.

El enfoque eurocéntrico tradicional de la historia universal ha presentado la construcción del Estado-nación como un proceso privilegiado de los países pioneros del desarrollo capitalista, que posteriormente fue trasplantado paulatinamente a los pueblos por ellos colonizados. En verdad otras culturas como la árabe, según ha argumentado Samir Amin, gestaron sus naciones con independencia del auge del capitalismo e incluso mucho antes que éste apareciese sobre la faz de la tierra.²

La gestación del Estado nacional no fue exclusiva de aquellos países pioneros que emprendieron en Europa tal exigencia de la modernidad, sino que también se presentó, aunque de diverso modo, en los periféricos y dependientes, como los de América Latina, que contribuyeron con su riqueza a consolidar la constelación del sistema capitalista mundial. Tales países colonizados no se dedicaron sólo a reproducir mimética-

*Universidad Central de las Villas, Cuba. E-mail: <guadarrama@sociales.uclv.edu.cu>.

¹Ricarte Soler. *Idea y cuestión nacional latinoamericanas*. México, Siglo XXI, 1980, p. 16.

²“Primero: la nación es un fenómeno social que puede aparecer en todas las etapas de la historia: la nación no es necesaria ni exclusivamente un fenómeno correlativo al modo de producción capitalista. Segundo: la nación aparece si, además de reunir condiciones elementales de contigüidad geográfica, reforzadas por el uso de una lengua común (lo que no excluye variantes dialectales) conformados en su expresión cultural, existe en el seno de la formación social una clase que controle el aparato central del Estado y asegure una unidad económica a la vida de la comunidad. Esa clase no necesariamente ha de ser la burguesía capitalista nacional”. Samir Amir. *La nation arabe nationalisme et lutte de classes*. París, Minuit, 1976, p. 108.

mente las estructuras político-jurídicas y económicas de sus metrópolis, sino que necesariamente tuvieron que tomar en consideración las estructuras y costumbres existentes en la época anterior a la conquista. Este fenómeno fue mucho más riguroso en aquellos pueblos donde existían fuertes nexos de dominio político y económico, como sucedió en el territorio de los imperios inca y azteca.

En el proceso de mestizaje cultural se fueron articulando de lado y lado estructuras de dominio que contribuyeron a forjar nuevas nacionalidades y naciones, que la historia consolidaría cada vez más en su fortaleza endógena y exógena.

Por otra parte es insostenible la idea que la formación del Estado-nación no encontró obstáculos para su desarrollo pleno en aquellos países europeos que iniciaron el despliegue del capitalismo. Son muchos los contraejemplos que testifican el lastre de las relaciones feudales y esclavistas, así como las tendencias atomizadoras, que frenaron el amplio desarrollo en unos países más que otros en la propia Europa. Las reminiscencias precapitalistas en España, Portugal, Italia y Alemania hasta el siglo XIX, para no hacer referencia a Europa Oriental y Rusia, constituyen un buen ejemplo para demostrar que la añorada unidad del Estado nacional no se logró por caminos de rosas y continúa poniéndose incluso hoy en duda por parte de algunas nacionalidades, como se aprecia en el caso del País Vasco.

Resulta realmente ilusorio pensar, como plantea Atilio Borón, que los grandes empresarios capitalistas intenten dismantelar un instrumento tan útil para salvaguardar sus ganancias,³ como auguran algunos

³ "Los mercados globales potencian la competencia entre las gigantescas corporaciones que dominan la economía mundial. Dado que estas firmas son transnacionales por su alcance y el rango de sus operaciones, pero siempre poseen una base nacional, para tener éxito en esta lucha sin cuartel requieren del apoyo de 'sus gobiernos' para mantener sus rivales comerciales en raya. Conscientes de esta realidad, los Estados nacionales ofrecen a 'sus empresas' un menú de posibilidades entre las que se incluyen las siguientes: la concesión de subsidios directos a las empresas nacionales; gigantescas operaciones de rescate de firmas y bancos costeados, en muchos casos, con impuestos aplicados a los trabajadores y consumidores; imposición de políticas de austeridad fiscal y ajuste estructural encaminadas a garantizar mayores tasas de ganancias de las empresas; devaluar o apreciar la moneda local, a fin de favorecer a algunas personas del capital en detrimento de otros sectores y grupos sociales; políticas de desregulación; 'reformas laborales' orientadas a acentuar la sumisión de los trabajadores, debilitando su capacidad de negociación salarial y sus sindicatos; garantizar la inmovilidad internacional de los trabajadores al tiempo que se facilita la ilimitada movilidad del capital; 'ley y orden' garantizados en sociedades que experimentan regresivos procesos sociales de reconcentración de riqueza e ingresos y masivos procesos de pauperización; la creación de un marco legal adecuado para ratificar con toda la fuerza de la Ley la favorable correlación de fuerzas que han gozado las empresas en la fase actual, establecimientos de una legislación que "legaliza" en los países de la periferia la succión imperialista de plusvalía y que per-

apologistas de la globalización neoliberal por una parte y por otra algunos intelectuales de izquierda que se han dejado confundir con las falacias del discurso desvanecedor de la soberanía del Estado-nación como el caso de Toni Negri y Michael Hardt.⁴

En verdad, en el transcurso del proceso de gestación, consolidación y crisis periódicas de la sociedad burguesa se han producido momentos tanto de fortalecimiento como de debilitamiento relativo de las estructuras de los Estados nacionales, cuando se han impuesto poderes metropolitanos coloniales o monopólicos imperialistas, en determinadas circunstancias sobre las endebles estructuras políticas y económicas de los países colonizados o neocolonizados.

Pero tales comprensibles zigzagueos no implican en modo alguno que dichas estructuras nacionales se encuentren en la actualidad en la antesala de su disolución debido al proceso de la globalización. Aun cuando pueden verse de un modo u otro afectadas, esto no significa que desaparezcan sino que se modifican parcialmente sus rasgos y funciones, pues como plantea Ulrich Beck, “la globalización significa los *procesos* en virtud de los cuales los Estados nacionales soberanos se entremezclan e imbrican mediante actores transnacionales y sus respectivas probabilidades de poder, orientaciones, identidades y entramados varios”.⁵

Por supuesto que constituye una gran aspiración de las empresas transnacionales debilitar al máximo el poder y la jurisdicción del Estado nación de aquellos países donde invierten sus capitales en tanto paradójicamente pretenden fortalecer al máximo la protección que puede ofrecerles su país natal.

Históricamente las potencias coloniales y poscoloniales han tratado de debilitar al máximo sus zonas de dominio bajo el presupuesto de la consigna imperial romana de *divide y vencerás*. Por esa misma razón los pueblos en lucha por su independencia y soberanía ha visto en la unidad, la solidaridad y la integración la única posibilidad de enfrentarse a tan poderosas fuerzas. Un ejemplo elocuente se muestra en el proceso independentista latinoamericano, el cual hubiera sido absolutamente

mite que las superganancias de las firmas transnacionales puedan ser libremente remitidas a sus casas matrices”. Atilio Borón, *Imperio e Imperialismo: una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri*. Buenos Aires, CLACSO, 2002, pp. 98-99.

⁴ “El fin del colonialismo y la declinación de los poderes de la nación son indicadores de un pasaje general desde el paradigma de la soberanía moderna hacia el paradigma de la soberanía imperial”. Toni Negri y Michael Hardt, *Imperio*. Bogotá, Ediciones Desde Abajo, 2001, p. 161.

⁵ Uriel Beck, *¿Qué es la globalización?*, Barcelona, Paidós, 1998, p. 29.

imposible si se hubiese desplegado de manera aislada y sin el apoyo solidario de unos pueblos con otros, tal y como se llevó a cabo.

Los próceres de la independencia latinoamericana, forjados en el espíritu de la ilustración y la pujante modernidad, estuvieron muy conscientes que sólo de una forma cohesionada y solidaria era realizable aquella empresa. De la misma forma que en la actualidad los que se enfrentan a los nuevos potencias hegemónicas saben que sin integración resultara muy difícil y postergada la lucha por la dignificación de los pueblos latinoamericanos.

Del mismo modo que sin la integración de las fuerzas revolucionarias que protagonizaron las luchas por la independencia, sin tomar en consideración fronteras artificiales levantadas por los conquistadores y colonizadores para administrar mejor su poder no era posible la lucha, en la actualidad las nuevas fuerzas emancipatorias frente a los monopolios transnacionales propiciados por las políticas neoliberales en tiempos de globalización están obligadas a impulsar tanto la integración latinoamericana en todos los planos posibles como su fundamentación ideológica⁶ para lograr algún éxito.

Es sabido que la historia no se mueve por ideas, pero sin ideas tampoco se construye ni remodela la historia. De ahí que la intelectualidad latinoamericana tiene la misión de revitalizar las ideas integracionistas desarrolladas por generaciones anteriores y a la vez gestar nuevas ideas-fuerza que contribuyan a servir de móvil paradigmático a las nuevas acciones sociales emancipatorias.

2. *El pensamiento de la integración latinoamericana*

EL pensamiento latinoamericano de la integración fecundó en la época colonial como condición ideológica necesaria de fermentación de las ideas independentistas. Este pensamiento integracionista de los pueblos de la región tenía antecedentes desde el siglo XVI, pero en verdad logra su madurez a principios del XIX.

No cabe la menor duda de que la ilustración latinoamericana desempeñó el papel de cimentadora de las transformaciones ideológicas y políticas que se exigían para resolver el proceso independentista e

⁶ Según Arturo Ardao, la idea de la *Magna Colombia* "nunca salió de la esfera del pensamiento, como proyecto o programa; pero tuvo una inmensa gravitación política y doctrinaria, desde Francisco de Miranda, su creador y apóstol a fines del siglo XVIII, hasta por ejemplo, Eugenio María de Hostos a fines del XIX", Arturo Ardao, "La idea de la Magna Colombia de Miranda a Hostos", en *Ideas en torno de Latinoamérica*. México, UNAM, 1986, vol. I, p. 37.

integrador de nuestros pueblos. Esto no es nada extraño, pues la ilustración se caracterizó precisamente por ser un movimiento filosófico de marcada raigambre política y social. Ya se había apreciado en Francia y en otros países tanto de América Latina como de Asia, en los cuales la ilustración no debe ser apreciada como mera extensión mimética del pensamiento europeo.

Es cierto que fue en Europa donde primero se manifestaron las exigencias transformadoras reclamadas por el expansivo capitalismo, pero en la medida en que sus redes fueron alcanzando otras regiones del orbe que se incorporaban a sus dominantes relaciones, las ideas ilustradas se hacían más necesarias, no como un proceso exógeno a los países periféricos sino como una necesidad del propio desarrollo endógeno de éstos.

En todas partes los pensadores de esta época fueron inquisidores del *statu quo* existente. Se cuestionó la validez del sistema político monárquico, absolutista en la mayoría de los casos, o monárquico constitucional, o un poco más liberal en otros, pero en definitiva monárquicos. Era la expresión política de aquel sistema autárquico feudal que limitaba las pujantes relaciones burguesas, que exigía la participación en un mercado mundial más abierto y en el que las relaciones esclavistas, aun cuando en un primer momento ensamblaban con el capitalismo expansivo, paulatinamente comenzaban a obstaculizarlas considerablemente.

La preocupación de los ilustrados latinoamericanos por revitalizar los estudios sobre los valores de las culturas precolombinas, como es el caso de Francisco Javier Clavijero con los aztecas, es otra muestra de que no sólo constituían el preámbulo de un nuevo sujeto histórico de la cultura y la vida político-social latinoamericana, sino que se enorgullecían por lo general de autoconstituirse en objeto de la búsqueda científica y de la reflexión antropológica del nuevo Siglo de las Luces.

En América se fue creando una base de discusión teórica sobre lo que demandaban las relaciones burguesas para su despliegue omnilateral: un desarrollo científico-técnico acelerado, fomento de la industria y de la capacidad creativa de las nuevas generaciones, enfrentamiento a una postura meramente reproductiva y consumidora.

En definitiva los ilustrados latinoamericanos, como Eugenio de Santa Cruz y Espejo en Ecuador, Francisco José de Caldas en la Nueva Granada y Félix Varela y José de la Luz y Caballero en Cuba, contribuyeron a la fermentación ideológica desalienadora que propiciaría a inicios del siglo XIX la emancipación política como premisa indispensable para

alcanzar niveles superiores de realización del humanismo y de integración de las culturas en estas tierras.

Los ilustrados latinoamericanos, como Andrés Bello y Simón Rodríguez en Venezuela, o José Celestino Mutis y Antonio Nariño en la Nueva Granada, consideraban la educación como la vía fundamental para elevar a planos superiores el desarrollo económico en primer lugar, pero sobre todo las distintas esferas de la sociedad civil y de la política que permitieran una mejor participación del hombre en la elección de un destino común para los pueblos de la región.

El siglo XVIII fue para los latinoamericanos el del despertar de la conciencia sabia. El saber se convirtió en una fuerza propulsora de aquella sociedad aun cuando se limitase a la esfera de las reformas civiles y políticas, mientras no siempre pudiese traducirse en empresas técnicas o económicas de envergadura como en aquellos momentos se estaba llevando a cabo en Europa con la Revolución Industrial.

La ilustración sirvió para que la intelectualidad de estas tierras tuviese mejores condiciones para incidir de alguna forma en la actitud de los gobiernos de los distintos virreinos y lograr un rango de apertura en muchos órdenes de la vida social que se incrementaría paulatinamente sin posibilidad de retorno al dogmatismo y enclaustramiento de los tiempos anteriores.

El pensamiento de la integración latinoamericana fue fermentado por las ideas ilustradas desde fines del siglo XVIII pero ante todo por la necesidad de la independencia política. Tales ideas se articularon a la aspiración de que los pueblos latinoamericanos logaran una alta misión en la historia universal, a diferencia de lo planteado por Hegel; sin embargo estas posturas se distanciaban del nacionalismo y en su lugar promovían un espíritu de solidaridad con los pueblos en lucha por su independencia.⁷

En ocasiones las posturas integracionistas de numerosos dirigentes independentistas han quedado opacadas al lado de la estatura del libertador Simón Bolívar. Pero resulta injusto desconocerlas, ya que en ocasiones algunas de ellas tuvieron mucho impacto y repercusión en su época, como en el caso de Francisco de Miranda, José de San Martín y Bernardo O' Higgins. Este último tomó iniciativas diplomáticas muy definidas, independientemente que no llegaron a tener mayor repercu-

⁷ "Der Anspruch der Völker Lateinamerikas auf die weltgeschichtliche Mission war nicht nur frei von nationalistischen Zügen, sondern orientierte auf die aktive Solidarität mit den um ihre Freiheit kämpfenden Völkern". Adalbert Dessau, ed., *Politisch-ideologische Strömungen in Lateinamerika*. Berlin, Akademie-Verlag, 1987, p. 137.

sión, por lograr la integración americana, partiendo primero de la unión de Chile y Argentina y posteriormente, el 6 de mayo de 1818, expidiendo un Manifiesto convocando a un congreso “llamado a instituir una gran confederación de los pueblos americanos”.⁸

San Martín aspiraba a la unión del Río de la Plata, Chile y Perú.⁹ Bernardo Monteagudo, su principal consejero, elaboró y publicó un *Ensayo sobre la necesidad de una Federación general de Estados hispanoamericanos*¹⁰ y muchos otros, como el chileno Juan Egaña en 1825,¹¹ también abogaron por la urgencia de lograr la integración latinoamericana.

Miranda, O’Higgins, San Martín y Bolívar fueron ante todo representantes de la vanguardia de aquellos genuinos hombres de su época que comprendieron que la lucha por la independencia estaba inexorablemente vinculada al logro de la integración americana. Y una época de ilustración reclamaba hombres ilustrados e ilustradores, que supieran asimilar las ideas más avanzadas del momento, pero que no se contentaran con la acomodaticia postura de ser iluminados por el pensamiento europeo. Hombres que supieran encontrar en la circunstancia histórica específica de *nuestra América* en la cual se desenvolvían el escenario adecuado para enriquecer su visión del mundo.

La tarea emancipatoria de los próceres de la independencia y en especial de Bolívar no se limitó a derrumbar los poderes políticos que subyugaban al hombre latinoamericano, sino también otras fuerzas alienantes como la religión y la ignorancia, que han enajenado al hombre cuando éste no posee los instrumentos adecuados para emanciparse de ellas. Su labor no era sólo lograr la independencia sino consolidar la indispensable integración de los pueblos latinoamericanos.

Bolívar se planteó, como se revela en su Carta de Jamaica, la misión de lograr la unidad de lo que consideraba la Patria americana, que también denominó *América antes española* para diferenciarla de Norteamérica. A su juicio los nexos de lengua, religión, costumbres, modos de vida, facilitaban la integración y con empeño se planteó la creación de un ejército común de los países latinoamericanos que

⁸ Mario Barrios, *Historia diplomática de Chile 1541-1938*, Barcelona, Ariel, 1970, p. 82.

⁹ Sergio Guerra Vilaboy, *El dilema de la independencia: las luchas sociales en la emancipación americana (1790-1826)*, Bogotá, Universidad Central, 2000, 368 págs.

¹⁰ Waldo Frank, *Nacimiento de un mundo*, La Habana, Ensayos, 1967, 405 págs.

¹¹ “Es forzoso repeler la fuerza por la fuerza, es forzoso que la denominada Santa Alianza de los príncipes agresores se oponga a la *sagrada* confederación de los pueblos ofendidos”, Abelardo Ramos, *Historia de la Nación Latinoamericana*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1975, tomo I, p. 284.

salvaguardara la independencia de cada uno de los países de esta región y se conformara un pacto americano en el Congreso de Panamá de 1826.

Por supuesto que todos estos precursores de la unidad americana, como el hondureño José Cecilio del Valle, quien denominaba a América como su patria,¹² pensaron siempre en la integración de aquellos pueblos productos de la mezcla de los aborígenes, los negros importados por la esclavitud y la colonización hispano-lusitana. No consideraban regularmente que dicha unidad se diera con los pueblos de Norteamérica. Más bien por el contrario observaron con recelo las políticas expansionistas de los gobiernos de Estados Unidos de América que hasta el nombre de *americanos* acapararon de manera exclusiva para su pueblo.

Por tal motivo comenzaron a surgir denominaciones diferenciadoras de los pueblos y la cultura de Norteamérica, como las de Hispanoamérica, Iberoamérica, América Latina o Latinoamérica durante el siglo XIX, cada una con su consecuente connotación ideológica,¹³ así como la de Indoamérica, de más reciente creación en el siglo XX. Tales términos eran expresión de búsqueda de elementos comunes de identificación cultural, pero también de búsqueda de alternativas políticas y económicas de destino común que facilitarían soluciones satisfactorias de desarrollo en un mundo de nuevas formas de dominación.

Es notorio que la búsqueda de elementos de identificación cultural entre los pueblos latinoamericanos se incrementó considerablemente luego de alcanzada la independencia política como vía de resistencia ideológica a los nuevos poderes imperiales neocolonizadores provenientes de Europa y Estados Unidos. Si por una parte algunos sectores de la aristocracia criolla se dejaban seducir por la nordomanía, criticada posteriormente por Rodó, un grupo destacado de intelectuales y políticos de profunda raigambre patriótica reivindicaron los valores de la cultura

¹² "Veinte y dos años pasados desde 1810, digo yo de la América, *mi patria* [las cursivas son nuestras. rgg] han sido 22 años de equivocaciones, sangre y lágrimas". Para prevenir estos males propuso una confederación de todas las provincias que habían alcanzado su independencia: "Se crearía un poder que, uniendo las fuerzas de 14 o 15 millones de individuos, haría a la América superior a toda agresión, daría a los Estados débiles la potencia de los fuertes y prevendría las divisiones intestinas de los pueblos sabiendo éstos que existía una federación calculada para sofocarla", Ramón Oqueli, Introducción a José del Valle. *Antología*, Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Editorial Universitaria, 1981, pp. 28-29.

¹³ Véase "¿Pan-latinismo, pan-hispanismo, pan-americanismo, solidaridad?", en Carlos Bosch García, *El descubrimiento y la integración iberoamericana*, México, UNAM, 1991, pp. 267-276.

y los pueblos latinoamericanos como necesidad de consolidar la independencia política.

Uno de los precursores de esa especie de “Independencia cultural de Hispanoamérica” fue el también maestro de Bolívar, el venezolano Andrés Bello, y por tal motivo ha sido denominado “libertador intelectual de América” enarbolando como arma la defensa de la riqueza del idioma español al servicio de la creatividad americana.¹⁴

El americanismo de Bello, como plantea Leopoldo Zea,¹⁵ no sólo se manifestó en las descripciones del paisaje de estos países, así como de la idea de *patria* como fuerza espiritual en la que se funden sentimientos de identificación. Su labor intelectual al servicio diplomático de Venezuela, Colombia y Chile estimuló la integración de los pueblos de esta región, como se manifestó en 1844 cuando se discutían las bases de una “Confederación de Hispanoamérica”.¹⁶

Por la misma época, en Ecuador, Vicente Rocafuerte, primero como representante de México en Inglaterra, defendió la idea de la unidad hispanoamericana de las ex colonias españolas y la necesidad de una comunidad constitucional de naciones hispánicas. Luego como presidente de su país planteó que el progreso de los pueblos hispanoamericanos no se lograría sólo por la vía económica, sino con reformas sociales y emancipación mental a través de la educación.¹⁷

En ese mismo país Juan Montalvo defendió la emancipación mental y cultural de América Latina. En su trabajo *Ojeada sobre América* criticó las nuevas formas de violencia que se desplegaron después del proceso independentista y que atentaban contra el progreso y la unidad de nuestros pueblos.

¹⁴ Luis Bocaz, *Andrés Bello, una biografía intelectual*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2000, 182 págs.

¹⁵ “Andrés Bello, como muchos de sus contemporáneos, en especial sus grandes coterráneos Miranda, Bolívar, Rodríguez y Sucre, se sentía parte del gran continente descubierto por Colón y actuó como tal”, Leopoldo Zea, “El americanismo de Bello”, en *Andrés Bello. valoración múltiple*, al cuidado de Manuel Gayol Mecías, La Habana, Casa de las Américas, 1989, 726 págs.

¹⁶ “Las varias secciones de la América han estado hasta ahora separadas entre sí; sus intereses comunes le convidan a asociarse; y nada de lo que puede contribuir a este gran fin merece la consolidación de los gobiernos, de los hombres de Estado y de los amigos de la humanidad. ¿Qué relaciones de fraternidad más estrecha puede concebirse que las que ligan a los nuevos Estados americanos entre sí? ¿Cuándo ha existido en el mundo un conjunto de naciones que formasen más verdaderamente una familia?”, citado en R. Caldera, “La incomprendida escala de Bello en Londres”, en *Primer libro de la semana de Bello en Caracas*, Caracas, Ministerio de Educación, 1952, pp. 37-38.

¹⁷ Javier Ocampo López, *La integración latinoamericana*, Bogotá, El Búho, 1991, 254 págs.

Uno de los precursores del pensamiento socialista utópico en América Latina,¹⁸ Esteban Echeverría, sugería en Argentina la necesaria emancipación mental de los pueblos de Hispanoamérica a fin de liberarlos de los rezagos coloniales. En su *Dogma socialista* sostenía que ya eran independientes, pero todavía no eran libres y consideraba a la educación como la vía para poder establecer la democracia en estos países.

Por su parte Juan Bautista Alberdi también en ese país estimuló la inmigración europea y el desarrollo técnico e industrial similar a Norteamérica junto a la necesidad de un impulso a la educación y de un pensamiento filosófico propio de profunda raigambre política. En tanto Sarmiento llegó a proponer la creación de unos Estados Unidos de América del Sur para que emularan a los del Norte sobre sus mismas bases de progreso industrial y desarrollo democrático liberal.

El chileno Francisco Bilbao no sólo condenó a Estados Unidos por su intervención en México y Centroamérica sino que propuso la creación de una confederación de países para enfrentarse a Estados Unidos y su política expansionista. Propuso la creación de una única ciudadanía americana y un congreso federal con poderes legislativos para todos los países.¹⁹ El también chileno José Victorino Lastarria, desde las posiciones de un positivismo comteano,²⁰ planteó la necesidad de una emancipación mental y cultural de América por medio de la educación. Defendió la autenticidad de la cultura y el pensamiento latinoamericano como una de las vías de dicha emancipación.

No siempre estas ideas encontraron defensores en todas partes. En Colombia un pensamiento algo más conservador como el de Sergio Arboleda insistía más en el valor de la cultura y la herencia española

¹⁸ Véase Pablo Guadarrama, *Marxismo y antimarxismo en América Latina*. Bogotá, UNINCCA, 1991; La Habana/México, El caballito, 1994.

¹⁹ "Nuestros padres tuvieron un alma y una palabra para crear naciones, tengamos esa alma para formar la nación americana, la confederación de las repúblicas del sur, que puede llegar a ser el acontecimiento del siglo y quizás el hecho precursor inmediato de la era definitiva de la humanidad. Álcese una voz cuyos acentos convoquen a los hombres de los cuatro vientos para que vengan a revestir la ciudadanía americana. Que del foro grandioso del continente unido salga una voz. Adelante, adelante en la tierra poblada, surcada, elaborada, adelante con el corazón ensanchado para servir de albergue a los proscritos e inmigrantes, con la inteligencia para arrancar los tesoros del oro inagotable, depositados por Dios en las entrañas de los pueblos libres, adelante con la voluntad para que se vea en fin la religión del heroísmo, vencedora de la fatalidad, vencedora de los hechos y vencedora de los hechos y vencedora de las victorias de los malvados". Francisco Bilbao, *Iniciativa de la América, ideas de un Congreso Federal de las Repúblicas*, México, UNAM, 1978 (*Latinoamérica: cuadernos de cultura latinoamericana*, 3), p. 26.

²⁰ Véase Pablo Guadarrama, *Positivismo en América Latina*. Bogotá, UNAD, 2000.

sobre nuestros pueblos. Aunque reconoció la necesidad del proceso independentista, se opuso a la radicalización revolucionaria del mismo²¹ y a la vez planteaba la necesidad de conformar nuevas formas de organización del Estado en la que se articularan armónicamente la tradición cristiana con las ideas e instituciones políticas modernas. Del mismo modo Miguel Antonio Caro defendía las raíces españolas y grecolatinas de nuestra cultura, pero insistía en los valores de la autenticidad cultural latinoamericana, sin necesidad de buscar soluciones a nuestros problemas en otras regiones.

Si embargo la idea de una integración de los países latinoamericanos tomó cada vez mayor fuerza en la segunda mitad del siglo XIX, como se aprecia en el caso de quien se considera utilizó por primera vez el término de *Latinoamérica*, el colombiano José María Torres Caicedo. En 1865 publicó su obra *Unión latinoamericana*, en la que proponía un sistema liberal para el comercio, una convención de correos, la exención de gravámenes para los periódicos, la abolición de los pasaportes, unidad de principios consulares y de comercio. Además propuso que ningún país latinoamericano pudiera ceder parte alguna de su territorio, ni apelar al protectorado de ninguna potencia mundial.

Por su parte José María Samper, contrario a la colonización española e imbuido por las ideas positivistas, atacó el desprecio a los indígenas, mestizos y criollos que prevalecía aún después de la independencia, así como el fanatismo y otros males sociales que debían ser erradicados por medio de la educación y el desarrollo de instituciones civiles modernas. Para Rafael Núñez, el principal error de la colonización española no fue haber sepultado simplemente con la suya la dominación indígena, sino en no haber comprendido la necesidad de reformarse y ponerse a la altura de los nuevos tiempos. Del mismo modo las recientes repúblicas debían crecer ante las nuevas circunstancias del progreso y el desarrollo industrial. Planteaba una renovación del pensamiento y por eso consideraba que ni siquiera a “la obra de los libertadores podía aplicarse el criterio de los tiempos actuales”. El proceso civilizatorio era permanente y reclamaba unidad y consenso de los pueblos.

En el caso de México, José María Luis Mora consideró que la educación pública era indispensable para los nuevos Estados nacionales pues a través de ella se aseguraba la libertad y el orden, así como la emancipación mental mediante una educación laica. Esas mismas ideas impulsaron a Benito Juárez en su reforma, apoyado por el pensamiento de Gabino Barreda y la generación positivista.

²¹ Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Bogotá, Temis, 1982, p. 70.

Como puede apreciarse en esta breve reseña, varios de los más significativos representantes de la intelectualidad latinoamericana del siglo XIX, entre quienes destaca José Martí, impulsaron la idea de lograr a través del fomento y del desarrollo de la cultura una mayor unidad de los pueblos de América Latina.

Sin duda una de las máximas manifestaciones del latinoamericanismo y de la urgencia de la integración de los pueblos de esta región se revela en la obra de José Martí. Independientemente que la idea de *nuestra América* ya existía con anterioridad de su célebre ensayo, en realidad tomó fuerza esta expresión y caló en lo más profundo de las nuevas generaciones intelectuales y políticas del siglo XX, propugnadoras de la necesaria segunda independencia e integración latinoamericana.

Martí sostenía:

Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecemos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es América, aún cuando no quisiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo de una colosal nación espiritual, se amarán luego. Sólo hay en nuestros países una división visible, que cada pueblo, y aún cada hombre, lleva en sí, y es la división en pueblos egoístas de una parte, y de otra generosos. Pero así como de la amalgama de los dos elementos surge, triunfante y agigantado casi siempre, el ser humano bueno y cuerdo, así, para asombro de las edades y hogar amable de los hombres, de la fusión útil en que lo egoísta temple lo ilusorio, surgirá en el porvenir de la América, aunque no la dividen todavía los ojos débiles, la nación latina; ya no conquistadora como en Roma, sino hospitalaria.²²

Un hombre como José Martí, consagrado al logro de la liberación multilateral del hombre, debió escrutar todos los intersticios de la naturaleza humana para afianzar su proyecto sobre sólidas bases. De tal modo el pensamiento martiano es magistral continuidad superadora de la línea humanista que articula el pensamiento cubano del XIX, caracterizado por concebir y cultivar la bondad del hombre como premisa indispensable para lograr formas cada vez superiores de convivencia.

Martí desde temprano se había caracterizado por una justipreciación de la naturaleza humana. Trata de contribuir activamente a la conformación de esa cualidad indispensable al género humano que es la disposición general hacia el bien, aunque las excepciones no sirvan más que para confirmar la regla. Su aspiración era que el hombre fuese cada vez mejor y a ese fin consagró todos sus empeños redentores.

²² José Martí, *Obras completas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975; tomo 8, pp. 318-319.

El humanismo martiano no está marcado por formulaciones abstractas, como en ocasiones se les exige a los filósofos; es un humanismo concreto, revolucionario, ante todo *práctico*, porque está concebido para transformar al hombre en su circunstancia, al transformar las circunstancias que lo condicionan.²³ En su caso el cubano, el latinoamericano que no disponían de auténticas condiciones humanas de existencia. Su discurso humanista no era volátil y ligero, sino profundo y enraizado. Porque estaba dirigido a hombres específicos, y en especial a un pueblo que se aprestaba a luchar por su emancipación, era a la vez un discurso auténtico y universal.

Muchos representantes del positivismo sui generis en América Latina, como Enrique José Varona,²⁴ Justo Sierra y José Ingenieros, reivindicaron también los valores de las culturas de los pueblos latinoamericanos y la necesidad de su imprescindible soberanía e integración. La nueva generación intelectual que emerge en la reacción antipositivista a principios del siglo xx²⁵ con José Vasconcelos, Antonio Caso, José Enrique Rodó, Alejandro Deustua, Enrique Molina, Alejandro Korn y Carlos Vaz Ferreira, entre los más destacados, reivindicarán los valores de las culturas y el pensamiento de Latinoamérica, invocando incluso el término de *Indoamérica*. Todos ellos se plantearon el cumplimiento, en estas tierras, de las conquistas de la modernidad que según Habermas estaría postergada²⁶ y a nuestro juicio malograda.²⁷

Es cierto que no en todas partes de esta América el espíritu de la modernidad y sus logros como la democracia, compartimentación de poderes, igualdad, libertad, secularización, tolerancia etc., encontraron oídos adecuadamente receptivos, pero el reconocimiento de la validez universal de las conquistas de la civilización obligó a que hasta los regímenes dictatoriales se viesen obligados a utilizar tales pieles de

²³ Véase Pablo Guadarrama, *Jose Martí y el humanismo en América Latina*. Bogotá, Andrés Bello, 2003

²⁴ Varona apoyó a México en sus exigencias territoriales ante Estados Unidos: "Singular miopía hubiera de ser la de un cubano que comprendiera que el grande esfuerzo de México para poner a salvo sus derechos de soberanía constituye una clara lección y ha de ser un precedente de inestimable valor para todas las naciones débiles, en la vecindad de Estados poderosos y nada escrupulosos", Enrique José Varona, "La evolución social en México". *Cuba contemporánea*, xl (1926), p. 294.

²⁵ Véase Guadarrama, *Antipositivismo en América Latina*

²⁶ Jürgen Habermas, "La modernidad, un proyecto incompleto", en Nicolás Casullo, *El debate modernidad-postmodernidad*. Buenos Aires, Punto Sur, 1989, pp. 32-54.

²⁷ Pablo Guadarrama, "La malograda modernidad latinoamericana", en *Humanismo, marxismo y posmodernidad*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1998, pp. 134-143.

cordero. Este hecho de un modo u otro tendría una incidencia positiva en el proceso de humanización del hombre latinoamericano.

Ningún intelectual o líder puede jamás ejecutar una praxis política que no tenga determinados, o al menos esbozados en lo esencial, sus criterios sobre la naturaleza humana en un plano filosóficamente más sustancioso, aun cuando jamás llegue a expresarlos explícitamente en su obra.

Del mismo modo que el positivismo engendró una generación intelectual que asumió una postura profundamente autocrítica respecto de las insuficiencias y el reduccionismo cientificista de dicha filosofía, también el liberalismo comenzó a encontrar renegados entre muchos integrantes de las nuevas generaciones intelectuales que se destacaron a principios del siglo xx latinoamericano. Esta generación del “nuevo idealismo”, como lo llamó Rodó, trató de orientar la tradición humanista por caminos de algún modo vinculados, aunque con posiciones diferentes, con el espiritualismo y el romanticismo decimonónico.

Sus mayores preocupaciones estaban orientadas por las sendas de la emotividad irracional del momento estético, hacia la intuición vitalista del proceso cognoscitivo y hacia la promoción de la libertad individual que superara cualquier tipo de determinismo, en las que encuadraban tanto el positivismo como el marxismo. Su mayor aspiración era constituirse en protagonistas exclusivos del humanismo latinoamericano a través de la reivindicación que el espíritu del *Ariel* de Rodó hacía de la semilla sembrada por Martí en “nuestra América”.

Con esa noble aspiración se planteaban convocar a la juventud latinoamericana para la nueva epopeya de la emancipación mental de las taras de la *nordomanía* y del neocolonialismo cultural, que en última instancia expresaba la dependencia de la región de los poderes imperialistas. La historia de las ideas filosóficas y en especial las humanistas en América Latina del siglo xx está marcada por aquella reacción antipositivista que se desarrolló especialmente a partir de inicios de ese siglo pasado en varios países de la región casi de forma simultánea y que propugnaría con vehemencia la necesaria integración de nuestros pueblos.

Ahora bien, la mayoría de los nuevos pensadores, que a sí mismos se consideraron neoidealistas, vitalistas y gestores de una nueva forma de cultivar el humanismo, la filosofía e incluso la metafísica, reconocieron siempre los aportes del positivismo al engrandecimiento de la cultura filosófica latinoamericana. La generación antipositivista gestó un nuevo grupo de pensadores que desde el historicismo, el existencialismo, el marxismo y la fenomenología, fundamentalmente, hicieron de la

preocupación axiológica y de la historia de las ideas latinoamericanas herramientas básicas para la reconstrucción del humanismo en el pensamiento latinoamericano.

Desde fines del siglo xix la antítesis liberalismo-socialismo había configurado algunos de los posibles derroteros por los que de un modo u otro necesariamente se debía encaminar definitivamente todo pensamiento social. En el plano filosófico, positivismo y marxismo respectivamente intentaron fundamentar, junto con otras posturas aledañas, ese dicotómico sentido del devenir histórico.

Los presupuestos del humanismo socialista, aun cuando eran comprendidos filantrópicamente por un sector muy reducido de la intelectualidad latinoamericana, por lo general no eran compartidos por concebirlos no solamente ilusorios, sino ante todo distantes de los criterios de lo que se consideraba la naturaleza individualista y no colectivista del hombre. El viejo dilema sigue hoy en pie, pero existen muchos más argumentos aportados por las experiencias históricas del siglo xx para sostener una u otra posición.

Sin embargo, la propia vida sociopolítica latinoamericana, saturada de conflictos y dictaduras —fundamentalmente a partir de mediados del xix—, junto con acontecimientos muy significativos como el auge del movimiento obrero y socialista, especialmente la Comuna de París, fueron paulatinamente sembrando la duda en las mentes más lúcidas, como la de Juan Montalvo, sobre las razones de las críticas de anarquistas, socialistas, marxistas etc. al orden social existente.

En América Latina, donde la carga humanista y desalienadora había estado presente de un modo u otro a lo largo de la trayectoria de su pensamiento más significativo, no resulta extraño que la recepción del marxismo entroncase con esa herencia. De ahí que algunos pensadores provenientes de corrientes distantes del proyecto socialista llegasen a reconocer el contenido humanista que subyacía en la obra de Marx y de muchos marxistas. Esto no significaba que se identificaran, ni mucho menos, con todas las experiencias y los ensayos de proyección socialista que se emprendían en nombre del marxismo en el llamado “socialismo real”.

El humanismo había alcanzado un extraordinario nivel de concreción con el surgimiento del marxismo. A su vez en el ámbito cultural latinoamericano el desarrollo de este ideario induciría a hombres como José Carlos Mariátegui, desde su raigambre indígena, a orientar su pensamiento hacia planos mucho más concretos que los usualmente transitados por el humanismo tradicional en estas tierras, especialmente

hacia la solución de los problemas del indio y los sectores humildes de la población.

Mariátegui comprendió muy bien que la solución a los problemas sociales de los pueblos latinoamericanos estaba indisolublemente ligada no sólo al enfrentamiento contra las oligarquías nacionales sino contra los monopolios imperialistas y que en esa labor los países latinoamericanos estaban obligados a unirse para poder enfrentar con mayor fuerza a tan terribles poderes.

El proyecto humanista, reivindicador de los derechos del indio, del pobre, de las minorías discriminadas etc., ha animado a la llamada filosofía de la liberación, propugnada por Leopoldo Zea, Enrique Dussel, Francisco Miró Quesada, y otros, continuadora de aquella generación que estimulaba del cultivo del pensamiento y la cultura de "nuestra América". Ese humanismo se ha puesto de manifiesto en las intenciones de sus representantes, encaminadas a que el hombre latinoamericano alcance su plena dignidad y realice su utopía concreta en la integración de estos pueblos.

En esa búsqueda actual se inscribe el proyecto del Corredor de las Ideas de los países del Cono Sur, desde donde Arturo Andrés Roig, inspirándose en el concepto de Juan Bautista Alberdi de *pueblo-mundo* propone que

pensar desde la diversidad no nos exime, tal como lo hemos hecho ya por anticipado, de pensar la unidad, mas tampoco pensar nuestro mundo puede ser motivo para no pensar mundialmente. Ambas tareas las venimos cumpliendo, por lo demás, desde Francisco Miranda y Simón Bolívar [...] Sólo así será posible nuestra diversidad en la unidad, tanto continentalmente como en el seno de cada una de nuestras naciones. Pero además, queremos pensar mundialmente. No es extraña esta pretensión, ni tampoco nueva.²⁸

Pero no sólo desde la filosofía el pensamiento latinoamericano ha contribuido a la reflexión propugnadora de la integración de Latinoamérica. Desde múltiples disciplinas los intelectuales comprometidos con el análisis de la situación económica, política, sociológica, cultural etc., han ido construyendo elaboraciones teóricas que coadyuvan al enriquecimiento del arsenal integracionista latinoamericano. Pero debe destacarse que en los últimos años numerosos dirigentes políticos, en especial presidentes de algunos países, entre los que se destacan Fidel Castro, Hugo Chávez e Inácio Lula, llegan incluso a elaborar propuestas

²⁸ Arturo Andrés Roig, "Pensar la mundialización desde el Sur", en Edgar Montiel y de Beatriz G. Bosio, *Pensar la mundialización desde el Sur*, Anales del IV Encuentro del Corredor de las Ideas, Asunción, UNESCO-MERCOSUR, 2001, tomo I, p. 61.

prácticas de enfrentamiento al ALCA con las ideas de un ALBA, reviviendo el sueño bolivariano y buscando alternativas de desarrollo para estos países ante la ofensiva neoliberal en tiempos de globalización.

Ante tales circunstancias la intelectualidad latinoamericana está obligada a asumir una postura de compromiso orgánico y contribuir al esclarecimiento teórico de los problemas que plantea la integración ante la globalización. Y aportar elementos a la reflexión común sobre las posibilidades reales de evadir la globalización o sobrevivir a sus embates y reorientar sus fuerzas favorablemente hacia el provecho de los pueblos latinoamericanos.

3. Globalización vs integración o integración en la globalización

LA globalización es un fenómeno de naturaleza eminentemente económica, política y social, pero también cultural e ideológica, que tiene sus raíces profundas en el necesario proceso de internacionalización de las relaciones capitalistas en el mundo contemporáneo, especialmente en la segunda mitad del siglo xx.²⁹

El capitalismo desde su nacimiento demandó el establecimiento de fuertes nexos integrativos en las relaciones económicas entre cada vez mayor número de países, pero estableciendo lazos de dependencia y explotación en los cuales un reducido número de ellos se fueron adueñando del mundo sin tener necesidad de designar virreyes en cada región neocolonizada. Del mismo modo que integraba los mercados de los países a sus redes multinacionales intentó, y en muchos casos logró, desintegrar las pequeñas empresas nacionales³⁰ así como los nexos

²⁹ A juicio de Noam Chomsky, "el nuevo orden mundial construido desde las ruinas de la segunda Guerra Mundial se atuvo estrictamente a las directrices churchillianas [...] El mundo debe ser gobernado por las 'naciones ricas', que a su vez están gobernadas por los hombres ricos que viven en ellas, de acuerdo con la máxima de los padres fundadores de la democracia estadounidense: 'la gente que posee el país debe gobernarlo' (John Jay) [...] En la medida en que el proceso seguía su curso natural, tendió hacia la globalización de la economía, con las consecuencias derivadas de ello: la globalización del modelo de sociedad de los dos tercios propios del Tercer Mundo, alcanzando incluso el núcleo de las economías industriales, y 'un gobierno mundial *de facto*' que representa los intereses de las transnacionales y las instituciones financieras que gestionan la economía internacional", Noam Chomsky. *El nuevo orden mundial (y el viejo)*, Barcelona. Crítica, 1996, p. 243.

³⁰ "Con el neoliberalismo se promueve la liberalización de los mercados en general y la apertura latinoamericana al mercado mundial. Esta política les permite a las empresas transnacionales expandirse a costa de empresas menores y menos competitivas en el mundo en general, y las de la región en particular. Es decir se trata de una expansión a costa de una destrucción del capital nacional. La liberación del mercado origina en forma simultánea un proceso de concentración de capital que no estimula la expansión del capi-

económicos y comunicativos existentes entre los países periféricos. En extraña dialéctica, el capitalismo, especialmente en su etapa imperialista, fue integrando y desintegrando. A la vez que integraba redes de poder desde las potencias capitalistas centrales dirigidas a controlar cada vez más los países dependientes, iba desintegrando las relaciones económicas y en general de todo tipo que existían o intentaban establecerse entre países vecinos pero subdesarrollados. Ha sido frecuente la práctica comercial establecida por los países capitalistas desarrollados de impedir el comercio bilateral entre países de una misma región si antes sus productos no pasan a través de alguna empresa multinacional controlada por los países capitalistas desarrollados.

De modo tal que la única alternativa de los países latinoamericanos, al igual que de los otros países dependientes del orbe, es lograr la mayor integración económica, política y jurídica para poder enfrentarse a las fuerzas desintegradoras en tiempos de globalización manejada por políticas neoliberales. De tal modo deben diferenciarse las prácticas neoliberales de la globalización propiamente dicha.

En ese sentido la globalización es por una parte la forma predominante en que se ejecuta la política económica y social del capitalismo en los momentos actuales, con sus particularidades diferenciables de etapas anteriores de la historia de dicha sociedad y por otra constituye a la vez una nueva modalidad de internacionalización de la vida contemporánea que da continuidad al ininterrumpido proceso de universalización de las relaciones humanas planteando nuevos riesgos.

La globalización tiene implicaciones en todas las relaciones humanas en su más amplio sentido, con la consecuente implicación cultural que se deriva de un hecho de tal magnitud. Sin embargo, considerar que toda expresión de la globalización posee una connotación propiamente cultural puede conducir a los mismos equívocos que cuando se considera, erróneamente, que todo fenómeno social constituye de forma obligatoria un hecho propiamente cultural.

Del mismo modo que en el desarrollo de la humanidad se producen innumerables productos sociales que no contribuyen en absoluto al perfeccionamiento y beneficio del mundo humano, animal, vegetal, incluso a la conservación favorable de los seres vivos de la naturaleza inorgánica, tampoco todos los efectos de la globalización deben ser considerados como productos o agentes culturales, aun cuando

siempre³¹ porten el sello imprescindible de lo social pero como excrecencias.

No es adecuado concebir los procesos de globalización como expresión de una ineludible fatalidad socioeconómica, tampoco de un determinismo ciego de carácter social, aunque el carácter objetivo de su existencia pueda prestar a confusión a quienes la conciben como un designio ante el cual no queda nada que hacer, sino solamente resignarse a sus efectos.³²

La globalización no es buena ni mala por naturaleza propia. Ella forma parte de los procesos inherentes a la evolución socioeconómica, política y cultural que exige al hombre romper los estrechos marcos de su terruño y permanentemente trascender hacia esferas más amplias de comunicación e intercambio, como premisa sustancial de subsistencia y reproducción a escala mayor que lo que la naturaleza de manera aislada le puede facilitar.

Sin embargo, es indudable que la globalización entraña extraordinarios desafíos económicos, políticos y culturales, especialmente si toma en consideración el reconocimiento que han adquirido en los últimos tiempos los procesos culturales, como puede apreciarse entre otros en Samuel Huntington.³³ Al respecto acertadamente Manuel Monereo plantea que “en un marco más global, no hay que hablar sólo del aspecto

¹ “Para lograr una definición de cultura que logre eludir el carácter estrecho o unilateral de muchas concepciones que abundan en los ambientes académicos, y usualmente en mayor medida fuera de éstos, debe considerársela como el grado de dominación por el hombre de las condiciones de vida de su ser, de su modo histórico concreto de existencia, lo cual implica de igual modo el control sobre su conciencia y toda su actividad espiritual, permitiéndole mayor grado de libertad y beneficio a su comunidad”. Pablo Guadarrama y Nikolai Pereliguin, *Lo universal y lo específico en la cultura*, Bogotá, UNINCCA, 1998, p. 300.

² A juicio de Daniel Mato: “la globalización no es un fenómeno con vida propia al cual resultaría pertinente asumir como causal de otros fenómenos. Tampoco es un proceso diferenciado. Pienso que, una manera más adecuada de representar ‘la globalización’ es como una tendencia histórica —resultante de diversos procesos sociales— de alcance planetariamente omnicompreensivo hacia la interconexión entre los pueblos del mundo y sus instituciones: de modo que los habitantes del planeta en su totalidad tienden a compartir un espacio unificado, más continuo que discreto, en virtud de múltiples y complejas relaciones, y ello no sólo desde el punto de vista económico, sino también social, político y cultural”. “Procesos culturales y transformaciones sociopolíticas en América Latina en tiempos de globalización”, en Daniel Mato, Maritza Montero y Emanuele Amodio, coords., *América Latina en tiempos de globalización procesos culturales y transformaciones sociopolíticas*, Caracas, CRESAL-UNESCO, 1996, p. 12.

³ “La Cortina de Terciopelo de la cultura ha reemplazado la Cortina de Hierro de la ideología como la más significativa división en Europa”, Samuel P. Huntington, *El choque de las civilizaciones*, Heredia, Costa Rica, Universidad Nacional, 1996, p. 19.

económico, porque hay un aspecto cultural y de identidad. La mundialización sitúa la cultura como un tema central".³⁴

No hay duda que ciertos demonios que desencadena la globalización de hecho embrujan, ante todo a los individuos y a través de ellos a comunidades, familias, clases sociales, pueblos etc. El problema está en buscar las fórmulas para desencantarlos y a la vez aprovechar las extraordinarias fuerzas de tan poderosos genios escapados de sus lámparas. No se trata de embutirlos de nuevo en ellas, tarea inútil y además desacertada, la cuestión es utilizar la inteligencia más acuciosa para beneficiar al género humano con sus potencialidades.

Si se aprovechan adecuadamente las posibilidades que la globalización pone en juego, el resultado puede ser muy provechoso, pero si se limita el hombre a considerarse una víctima indefensa de sucesos ante los cuales su voluntad es inestimable y por tanto desechable, entonces no habría nada que hacer. La enigmática globalización, como otros tantos procesos socioeconómicos y políticos que ha ido conformando la humanidad en su historia, tiene dos caras y por tanto se puede mirar desde distintas perspectivas de acuerdo al observador y al objetivo de la observación.³⁵

Ese carácter contradictorio de las globalizaciones constituye una fuente permanente de análisis en prestigiosos investigadores del asunto

³⁴ Ya que a su juicio ésta "resulta también un mecanismo cultural de occidentalización del pensamiento. El componente más fuerte de esta situación es la mundialización de la comunicación —o de la incomunicación. Ésta constituye un elemento decisivo en el control de las grandes transnacionales sobre el sentido común de la gente. Y afecta la identidad personal. Se trata de un poder de aculturación, ante el cual fenómenos como el fundamentalismo y el nacionalismo resultan una respuesta, si se quiere, un proceso de pérdida de identidad. Se dice que la modernidad significa un desanclaje y un reanclaje. El desanclaje del capitalismo ya transnacional implica un reanclaje, la cuestión es dónde. Es necesario advertir esa pérdida de identidad del yo individual en el marco de un conflicto colectivo, como afecta a los individuos y como reaccionan los individuos ante eso", "La globalización: una mirada desde la izquierda". *Temas* (La Habana), núm. 5 (1996), pp 18-19.

³⁵ Sami Nair, al valorar el análisis realizado por Joaquín Estefanía sobre la nueva economía de la globalización, plantea que este autor "ya no tiene la ilusión del mañana radiante, no ve en ello sólo un mal. Al contrario sabe que el proceso es ineluctable y mide los aspectos innegablemente positivos: el acceso de todas las sociedades al juego de la riqueza, el paso casi forzado a la modernidad, la interpenetración que favorece la interdependencia y obliga a descentrarse de sí, es decir, a la apertura del mundo y a la necesaria corresponsabilidad. Pero también conoce el revés de la medalla. La difusión a una rapidez nunca vista, de la desigualdad, la pobreza, y las rupturas brutales de la cohesión social. Proceso, dice, que por su descontrol favorece el surgimiento de la dualización social y de las fuerzas 'antisistémicas' ninguna sociedad escapa a este infortunio", Sami Nair, "Epílogo" a Joaquín Estefanía. *Contra el pensamiento único*. Madrid, Taurus, 1998, pp. 336-337.

desde diversas disciplinas, según puede apreciarse en la profundidad y complejidad con que reflexiona sobre el tema Leopoldo Zea —como destaca María Elena Rodríguez Ozán.³⁶ Es indudable que los pueblos y sus gobernantes no pueden asumir ante la globalización la actitud del avestruz. Tienen que afrontarla con sus riesgos y posibilidades. De la sabiduría y las políticas acertadas —que no pueden limitarse a una esfera aislada como la economía desconociendo el efecto social, ideológico, cultural etc.— depende que se salga con éxito de tan arriesgada empresa.

Ante todo es necesario diferenciar los planos objetivos y subjetivos de los procesos globalizadores, así como la precisión conceptual y su diferenciación de otros términos con sentido relativamente familiar, como universalización, mundialización etc. Es cierto que desde que aparecen las primeras comunidades humanas surgen procesos de intercambio de conocimientos, experiencias tecnológicas, comunicación, comerciales, de concepciones jurídicas, políticas, influencias ideológicas etc., que algunos equivocadamente podrían considerar las primeras manifestaciones de la globalización. Mas sería un camino erróneo extrapolar los límites de los procesos reales que en las últimas décadas de este siglo xx se conocen como fenómeno de la globalización.

En todas las épocas históricas del proceso civilizatorio y en su conformación, los pueblos han sido culpables o víctimas de relaciones de conquista y dominio con objetivos de beneficio económico, ante todo, pero también por otras razones de carácter espiritual. Los dominadores no se han limitado a acumular riquezas, sino que necesitan además imponer sus valores y concepciones como las más adecuadas.

No siempre este proceso de expansión axiológica ha resultado negativo para la humanidad. En ocasiones el género humano ha sabido aprovechar los efectos de la dominación de pueblos con niveles civilizatorios superiores en todos los órdenes de la vida material y espiritual, y tales asimilaciones le han permitido alcanzar posteriormente

³⁶ “Al analizar las dos caras de la globalización, que se manifiestan en enero del 2001, con motivo del Foro Económico Mundial de Davos en Suiza y del Foro Social de Porto Alegre en Brasil, dice que aunque parezca paradójico en ‘ambos foros la preocupación fue la misma: cómo enfrentar, actuar y vivir dentro de la globalización’. En Davos se querían mantener los beneficios, en Porto Alegre compartir el extraordinario desarrollo que originó la globalización y que los beneficios no sean para los explotadores y los ricos, sino también para los explotados, pobres, que la han hecho posible”, María Elena Rodríguez Ozán. “La globalización de América Latina en la obra de Leopoldo Zea”, en Alberto Saladino y Adalberto Santana, comps., *Visión de América Latina. Homenaje a Leopoldo Zea*. México, FCE, 2003, p. 194

grados de autonomía e independencia que posibilitan aceleración en su desarrollo socioeconómico.

Tales procesos de universalización de las conquistas tecnológicas, políticas, culturales etc., han existido siempre y existirán, pues son consustanciales a la historia humana. El hombre es un ser que por naturaleza no es ni bueno ni malo ni imperfecto ni perfecto. El hombre no es más que el producto de su propia acción consciente y educativa. Es un ser que se perfecciona continuamente si las condiciones lo favorecen, de lo contrario se pueden universalizar en lugar de valores los antivalores que atentan contra su propia condición.

El hombre es el único ser que posee plena conciencia de su interés por la trascendencia y la cultura. El afán por constituirse en un ser trascendente se plasma en todas las dimensiones de sus acciones y obras. El hombre no construye ni crea ni engendra para que resulten efímeros los resultados de su labor. Siempre concibe los productos de su trabajo, de su inteligencia y de sus relaciones humanas para la eternidad y como expresión de una actividad culta.

La historia de la humanidad no es más que el producto y a la vez el agente de tal proceso de búsqueda de trascendencia cultural, pero del mismo modo, los efectos sociales, económicos, políticos, incluso éticos, que traen aparejadas estas relaciones generalmente desequilibradas —por cuanto no se establecen entre pueblos en que prevalezcan las similitudes sino más bien las grandes diferencias en todos los órdenes, y ante todo en lo económico— no pueden ser apreciados *a priori* como necesariamente beneficiosos; pensar que todos los dramas concluirían como los films de Hollywood o las novelas de Corin Tellado resulta tan ilusorio como irreal.

Es indudable que desde la época de los grandes imperios antiguos y medievales sus gestores tenían conciencia plena de que estaban universalizando *su cultura*, aunque no la denominasen así. Además, por supuesto la entendían no como *su cultura* sino como *la cultura* o *la civilización* en general. Los pueblos conquistadores han integrado a los conquistados a su sistema económico, político y cultural, y no obstante los necesarios procesos recíprocos de *transculturación*, a la larga han subsumido las estructuras de los dominados a las suyas. En ese plano desde la antigüedad hasta los actuales tiempos de globalización no se han diferenciado las formas de dominación.

Lo mismo los artífices de imperios antiguos como el romano, el mongol, el árabe, el incaico, el azteca etc., como de los imperios coloniales modernos, esto es el español, inglés, francés, nazi etc., siempre se han autovalorado como los portadores exclusivos de la “razón” y la

“justicia” *universal*. En ocasiones han buscado justificaciones hasta sobrenaturales, como recientemente el presidente George W. Bush invocó el apoyo de Dios en su guerra contra Iraq, para sus acciones impositivas de su criterio del “deber ser”, en otras les ha bastado el argumento del éxito para intentar demostrar su superioridad y, por tanto, presunta validez de argumentos.

Para cada uno de los gestores de estos procesos de dominación, el *mundo* ha sido concebido en relación con las fronteras expansivas de sus respectivos imperios. Y los otros imperios han sido concebidos no como otros mundos que tienen derecho a coexistir, sino como mundos conquistables también para que formen parte de *su mundo*.

En los tiempos actuales de globalización, fuerzas antitéticas se ponen en juego en las relaciones internacionales: las de la integración y las de la desintegración. Se manifiesta la aparente paradoja: globalización vs integración o integración en la globalización. Los poderes de las transnacionales apuestan por imponer la política neoliberal de la globalización según la cual recomiendan a los países pobres abrir sus fronteras comerciales en tanto los ricos cierran las propias. El objetivo claro es desintegrar la poca resistencia de los mercados débiles. Mientras que los países pobres no tienen alternativas: o se integran o los desintegran.

Ante tales disyuntivas el pensamiento latinoamericano debe aportar elementos al estudio de las *afinidades de desarrollo*³⁷ que han posibili-

³⁷ “Despite the apparent widespread acceptance of the benefits of economic integration, at least by policymakers, it would plainly be wrong to assert that economic integration is driven by economic advantages alone. The prospect of economic gain is of course a necessary condition for any successful economic integration process, but it is by no means sufficient. In addition, there need to be affinities between countries that facilitate interaction between their peoples and pave the way for them to work together in pursuit of development goals. Such affinities are often rooted in common historical, cultural or ethnic backgrounds, and they generally have a political expression. As they are often directed towards achieving development goals, we refer to them as developmental affinities. In relating this concept to observed reality, several caveats are in order: in the first place, developmental affinities are hardly ever shared by entire populations. More often than not, they are the outcome of a complex interaction between positive and negative forces arising from diversity of interests and backgrounds. Moreover, especially in the case of large geographical areas, affinities may initially engage populations living in border regions, who nonetheless may be able to project them on to their countries at large. Secondly, it is important to distinguish the roles played by populations (or, more precisely, private bodies or agents) from those played by governments. Historically, development affinities have usually developed as a result of the action of populations. Governments eventually respond to the power of those affinities and to pressure from the agents committed to them, and political change is normally the result. From then on, any further consolidation

tado los nexos integrativos ya existentes y favorecerán la consolidación de otros más ambiciosos.

En la actualidad, cuando muchas fuerzas atentan contra la unidad de los pueblos latinoamericanos y algunos escépticos piensan desde su perspectiva que el vaso está medio vacío otros consideran que está medio lleno y se aprecian sus primeros síntomas en el Mercosur, el Pacto Andino, Caricom, el Pacto de los Tres (Colombia, México y Venezuela) así como en nuevas propuestas de necesaria integración.³⁸

Nadie imaginaba en la primera mitad del siglo xx que una Europa fraccionada por tantas guerras ancestrales y con tal diversidad de culturas, idiomas, religiones, etnias etc., llegase a la conformación hoy de la Unión Europea, lo mismo deben pensar los latinoamericanos, quienes tienen en la educación y la promoción de la cultura de estos pueblos un magnífico instrumento de autoconocimiento de sus valores y logros. Ante los desafíos de la globalización, que no son solamente económicos y políticos sino ideológicos y culturales, América Latina sólo tiene el camino de la integración para enfrentarlos. Ante el conflicto integración vs globalización los pueblos latinoamericanos no tienen otra alternativa que la integración en la globalización.

Con un desarrollo educativo y cultural aislado de los pueblos latinoamericanos es imposible la integración, pero tampoco será posible sin una efectiva gestión educativa, ideológica y cultural. Es en ese terreno

and deepening of development affinities and political links tends to be the outcome of continued interplay between private agents and governments. The concept of developmental affinities helps to solve a paradox of regional integration, namely its 'regional' nature. For if integration has the economic benefits claimed for it, why is the entire world not a single integration scheme? Developmental affinities are precisely the missing ingredient that not only makes integration possible but also delimits its geographical boundaries. Curiously enough, the existence of developmental affinities is best established by examining places where they are absent. As the tragic cases of the Yugoslavia and the former Soviet republics clearly illustrate, the economic advantages of integration, no matter how significant, will be totally ignored if the populations concerned do not share any affinity at all. The European Union is probably the best example of a regional integration agreement whose success has been based on strong developmental affinities between its members. These have included the need for reconstruction in the aftermath of World War II, the recognition of common values and ideals, the many shared elements in their culture, their wish for lasting peace, and finally their desire to be able to hold their own with the major powers on the world stage", Neantro Saavedra-Rivano, Akio Hosono and Barbara Stallings, editors, *Regional integration and economic development*, Houndmills [England]-[New York], Palgrave, 2001, pp. 94-95.

³⁸ "Buenos Aires: El presidente de la comisión de representantes permanentes del MERCOSUR, el argentino Eduardo Duhalde, propondrá al mandatario Néstor Kirchner crear una comunidad sudamericana de naciones, señaló este domingo un portavoz del expresidente. Duhalde llevará a Kirchner la iniciativa que contará con el respaldo del presidente de Brasil, Luiz Inácio Lula da Silva", *Trabajadores* (La Habana), lunes 29 de diciembre del 2003, p. 5.

donde, unido a los acuerdos económicos y políticos, debemos colaborar a cavar nuevas trincheras de ideas.

4. Tareas del pensamiento latinoamericano contemporáneo ante la globalización

ANTE tales conflictos de los pueblos latinoamericanos que se presentan como alternativas excluyentes: integración *vs* globalización, al pensamiento latinoamericano contemporáneo, en sus polifacéticas expresiones, es decir filosófica, política, económica, sociológica etc., se le plantean múltiples tareas entre las cuales destacan:

1) Rescatar la memoria histórica del pensamiento de la integración a través del estudio y divulgación de las ideas integracionistas, tanto de sus máximos representantes, Miranda, Bolívar o Martí, como de aquellos que de una forma no tan reconocida han contribuido en distintas épocas de la historia de la región a fomentar la idea de la integración.

2) Emplear las más diversas vías para dar a conocer esas ideas integracionistas desde el aula y la vida académica, congresos, cursos, cátedras etc., hasta los medios de comunicación masiva y aquellos espacios que propicia la creciente actividad contemporánea de la sociedad civil, de manera que su efecto no se limite a los ámbitos universitarios.

3) Revelar el impacto real mediato e inmediato que tuvieron tales ideas integracionistas en pactos o acuerdos bilaterales o multilaterales en la región, de manera que se ponga de manifiesto la efectividad de las ideas-fuerza integracionistas.

4) Investigar las posibles *afinidades de desarrollo* que permiten determinar aquellos elementos comunes en los planos económico, político, antropológico, cultural, ideológico etc., y que favorecen los procesos integrativos latinoamericanos. Propiciar los análisis que los favorezcan las grativos latinoamericanos aun cuando éstos sean parciales en medio de las inexorables circunstancias de la globalización

5) Diferenciar teóricamente los diferentes procesos de universalización económica, política y cultural que históricamente se han dado en la evolución de la humanidad bajo distintos términos como modernización, modernidad, mundialización, globalización etc., de algunas formas políticas de dominio a ellos aparejados como liberalismo, imperialismo, fascismo, neoliberalismo etc., y sus formas específicas de manifestación en el ámbito latinoamericano.

6) Asumir la globalización como un proceso objetivo del desarrollo de la sociedad capitalista contemporánea, cuyos efectos negativos para

los países latinoamericanos, dadas las políticas neoliberales, pueden ser contrarrestados de alguna forma por posturas reivindicadoras del patrimonio nacional y regional de esta área.

7) Favorecer aquellos procesos de signo positivo propiciados por la globalización, especialmente cuando se desarticulan de las políticas neoliberales, como sucede en el terreno de la aceleración del intercambio económico, tecnológico, comunicativo, informático, educativo, cultural, turístico etcétera.

8) Desenmascarar por medio del debate científico todas las falacias que lo mismo provenientes de ideólogos de derecha que de desconcertados intelectuales de izquierda propicien la aceptación encubierta o descubierta de políticas y teorías neoliberales, como la de la desaparición de los Estados nacionales, que atenten contra el imprescindible proceso integracionista de los pueblos latinoamericanos favoreciendo las nuevas formas de panamericanismo.

9) Demostrar que el neoliberalismo no sólo constituyó una reacción ante los logros del socialismo en el pasado siglo xx. sino también un paso atrás en relación a conquistas sociales propiciadas por el propio liberalismo.³⁹

10) Estimular la gestación de nuevas corrientes de pensamiento que en perspectiva latinoamericana analicen los nuevos problemas del desarrollo social de la actualidad en un mundo globalizado, como anteriormente lo han hecho la teología de la liberación, la filosofía de la liberación y la teoría de la dependencia, por lo que han adquirido reconocimiento internacional al corresponderse mejor con las particularidades del ámbito latinoamericano, razón por la cual han sido de mayor utilidad al análisis de problemas similares en otros contextos.

Nuevamente las sabias palabras del maestro de Bolívar. Simón Rodríguez, cuando recomendaba “O inventamos o erramos” y de José Martí cuando planteaba “el que es capaz de crear, no está obligado a obedecer”,⁴⁰ se presentan desafiantes ante los nuevos representantes del pensamiento latinoamericano contemporáneo en estos tiempos de globalización.

³⁹ Véase Pablo Guadarrama, “Fuentes y perspectivas del neoliberalismo: pensamiento alternativo, “pensamiento único”, *Paso a paso* (Tunja, Escuela Superior de Administración Pública), año 2, núm. 2 (diciembre de 2001), pp. 209-222.

⁴⁰ José Martí, “Libros nuevos” en *Obras completas* [n. 22], tomo 15, p. 191